

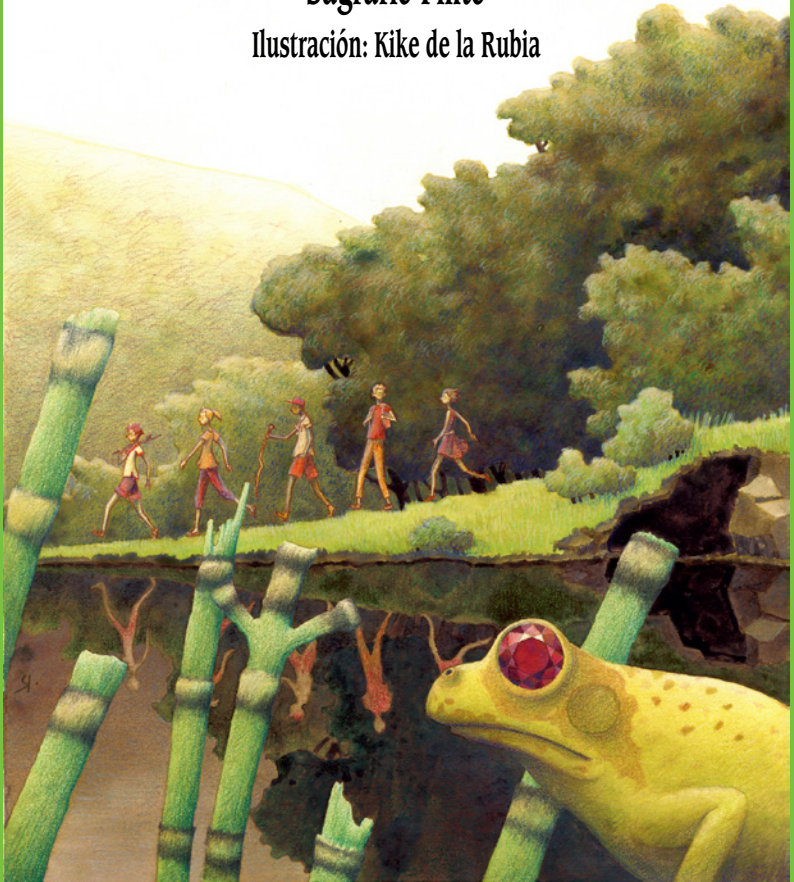


E L D U E N D E V E R D E

LOS DÍAS DE CASTROSIL

Sagrario Pinto

Ilustración: Kike de la Rubia



ANAYA

1

UNA NOTICIA INESPERADA

HABÍA llegado el verano y, para celebrar sus quince años de matrimonio, mis padres tuvieron la feliz idea de hacer un viaje sin contar conmigo.

—Martín, tu padre y yo necesitamos pasar más tiempo juntos —dijo mi madre.

La verdad es que a mi padre apenas le veíamos el pelo. Siempre estaba de un lado para otro, de expedición en expedición. Bueno, tampoco es tan extraño. Mi padre es arqueólogo.

Quizás estéis pensando que tener un padre arqueólogo debe de ser muy interesante. Pues según como se mire. Tener un padre arqueólogo que viaja demasiado puede convertirse en un auténtico problema.

Mi madre trabaja en casa. Es *frilans*. Creo que se escribe *freelance*. Es lo mismo. Quiero decir que trabaja por su cuenta. Es traductora.

Como ya os he dicho, mis padres iban a celebrar su aniversario y por eso tomaron la decisión de hacer un viaje al Caribe.

Os preguntaréis por qué hace falta irse tan lejos para hacer una celebración, sea del tipo que sea. Eso mismo me preguntaba yo. Las cosas no son tan fáciles. Primero, mi padre propuso un crucero por las islas griegas, pero mi madre dijo:

—¿Creta, Rodas, Santorini? ¡Ni hablar, están llenas de ruinas!

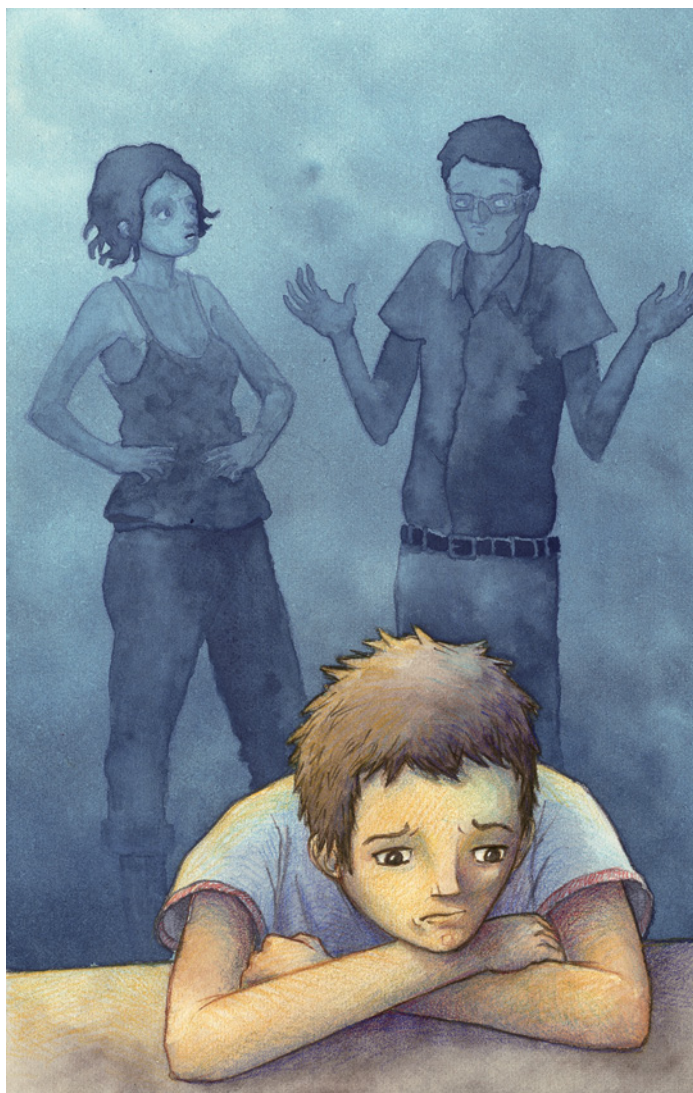
—¡Palacios! —precisó mi padre.

—Palacios en ruinas —dijo mi madre, que no daba su brazo a torcer.

Mi madre, que es muy lista, sabe que un arqueólogo es un arqueólogo, y que una ruina es una ruina. Y que mi padre se perdería por túneles, pasadizos y enterramientos a la primera ocasión que tuviese. Por eso cortó la discusión por lo sano.

—No se hable más. ¡Nos vamos al Caribe!

El plan quedó fijado en todos sus detalles. Se irían al Caribe, descansarían bajo los cocoteros, nadarían junto a los peces de colores y cenarían a la luz de la luna. ¡Todo muy romántico! Y yo me quedaría con la abuela Adela, la madre de mi padre, en Castrosil, una pequeña aldea perdida en las montañas de Ourense, lejos de Madrid.



La última vez que vi a la abuela fue una experiencia inolvidable para mí. Yo tenía cinco años. Ese día celebrábamos por la tarde en el colegio la fiesta de fin de curso y yo iba a ser el protagonista de una obra de teatro: *El conejo del Alentejo*. El título puede parecer un poco ridículo, pero la trama es desternillante.

El día anterior había llamado mi abuela diciendo que tenía que hacer un viaje a Palma de Mallorca. Su avión, procedente de Santiago de Compostela, haría escala en Madrid. Y tenía ganas de verme.

—Llegarás a tiempo a la función —dijo mi madre—. Nos pasaremos por el aeropuerto para que la abuela te vea y luego te llevaremos al colegio. No te preocupes, cariño, yo hablaré con tu profesora.

Fui con mis padres al aeropuerto disfrazado de conejo. Pasaban las horas y la abuela no llegaba. Los paneles de información únicamente indicaban que el vuelo venía con retraso, pero no señalaban con cuánto retraso. Cuando por fin el avión aterrizó, la función del colegio ya había terminado.

La abuela apareció muy sofocada. Iba vestida con unos pantalones de flores y una camisa muy amplia con grandes bolsillos. Llevaba colgada una cámara fotográfica y se cubría la cabeza con una gorra.

—¡Qué horror! —dijo mi madre nada más verla—. ¡No tiene sentido del ridículo!

—Ella es como es —sentenció mi padre.

Yo ya sabía que nunca llegaría a la función y el traje de conejo me estaba asfixiando. Por eso, mientras la abuela se acercaba, comencé a berrear con todas mis fuerzas y, por supuesto, no quise darle un beso.

La gente se nos quedaba mirando y algunos daban su opinión acerca de lo que ellos harían con un niño tan maleducado.

—¡Estás dando un espectáculo! —dijo mi padre.

Un hombre mayor, muy bien trajeado y con un pequeño maletín en la mano, me gritó:

—¡O te callas o te encerramos en el cuarto oscuro!



Otro de esos hombres muy uniformados que suelen verse por los aeropuertos me dijo que si dejaba de llorar me daría una vuelta en su avión.

—¡Mentira cochina! —chillé. Y dejé de llorar.

En medio de aquel barullo a la abuela le quitaron el bolso con el dinero y la documentación. Tuvo que suspender su viaje a Mallorca y prometió que en la vida volvería a montar en avión.

—Si hubiese venido en autobús, esto no me habría pasado.

—No creo que pudieras ir a Mallorca en autobús —dijo mi padre.

—En los autobuses estas cosas no pasan.

—O sí —dijo mi madre.

Solo dos palabras: «O sí». Y la abuela, muy ofendida y sin un duro, se largó de allí. Paró un taxi y le dijo al taxista:

—A Castrosil.

Daba por supuesto que el taxista conocía todos los pueblos de España y que, además —como así fue—, le haría un buen precio por el viaje, y que la invitaría a un bocadillo y a un refresco cuando parasen a descansar en Benavente.

Mis padres se enzarzaron en una nueva discusión. Ella criticaba la conducta de su suegra. Él decía que no le extrañaba que su madre se comportase de ese modo.

—¡Pobrecilla! ¡Con lo que está pasando y lo poco comprensiva que eres con ella! —decía mi padre

—Pero ¿yo qué le he hecho? Reconocerás que Bolboreta es muy suya —se excusaba mi madre.

A la abuela la llamaban Bolboreta, «mariposa» en gallego. Al parecer, era un nombre que le había puesto su padre porque, cuando era pequeña, no paraba de correr de un lado para otro y llegaba muy rápido a los sitios.

Esa fue la última vez que vi a la abuela hasta aquel verano en el que mis padres decidieron que ellos se irían al Caribe y yo pasaría mis vacaciones en Castrosil.

Durante el viaje a la aldea, mi padre iba conduciendo muy serio. Claro que mi padre es serio por naturaleza. Al menos eso es lo que suele decir mi madre cuando yo cuento un chiste y mi padre no se ríe:

—No te preocupes, hijo. Tu padre es serio por naturaleza.

Además, mi padre permaneció callado durante todo el viaje. Una cosa es ser serio, y otra, no decir ni media palabra. Había días en los que mi padre no decía ni pío. Eso a mi madre le ponía los nervios de punta.





Otros días, en cambio, mi padre sí hablaba. Sobre todo si no había personas adultas. A mis amigos y a mí nos encantaba escuchar sus historias. Así, gracias a mi padre, sabíamos que hace nueve millones de años, en los alrededores de Madrid, vivían jirafas, tigres, elefantes y rinocerontes. Entonces Madrid no parecía Madrid, Madrid parecía África.

Yo solo había estado un par de veces en Castrosil, pero era muy pequeño y no me acordaba de nada. Por eso, cuando ya habíamos abandonado la autovía para seguir por una red de intrincados desvíos hasta la aldea, me sorprendió ver que las vacas andaban lentamente por el arcén de una carretera muy estrecha y apenas asfaltada.

—Tenías que haber visto cómo era la carretera antes —dijo mi padre—. Y la cara que puso tu madre la primera vez que vine con ella al pueblo.

—¡Por fin! ¡Habla, habla, mudito! —dijo mi madre.

Mi padre siguió hablando, pero yo no le oía. Bueno, le oía, pero no le escuchaba. Había visto muchas fotografías de la aldea y de otros lugares de la Ribeira Sacra, pero el paisaje que tenía delante de mis ojos parecía sacado de un cuento de hadas. Los árboles, con sus troncos musgosos y sus enormes copas, crecían apiñados a un lado y

otro de la carretera, y en algunos puntos las ramas más altas llegaban a abrazarse dibujando un arco que parecía la entrada a un bosque encantado.

Y el olor. Nunca antes había sentido un olor tan intenso y agradable. O quizás sí, quizás era lo único que recordaba de mis remotos viajes a la aldea. Cuando el coche enfilaba una curva —y eran muchas—, por la ventanilla bajada penetraba un aroma fresquísimo que me llegaba al fondo de los pulmones, y al mismo tiempo me llenaba de una inexplicable sensación de alegría.

Mi padre paró el coche a la entrada del pueblo. Bajamos y nos acercamos hasta un hombre que estaba debajo de una higuera arreglando una moto. El hombre no era un hombre. Era mi abuela.



EL DUENDE VERDE

Martín va a pasar sus vacaciones en Castrosil, el pueblo gallego de su familia paterna.

Allí conocerá a otros chicos y chicas de su edad, con los que recorrerá los parajes cercanos descubriendo la naturaleza y las leyendas de la zona.

Pero también desvelará un secreto que guarda su familia desde hace años y que le hará ver con otros ojos a su excéntrica abuela.

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 10 años

ISBN 978-84-678-4063-6



9 788467 840636

www.anayainfantilyjuvenil.com

1571188

ANAYA